



2. RESEÑAS DE LIBROS

Book Reviews

TÍTULO

El malestar de la democracia

Carlo Galli

Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2013.

(1ª edición, 94 páginas, ISBN 978-950-557-963-1)

Carlo Galli, *The discontent of democracy.*

Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2013. 94 pages.

Por Daiana Estefanía Yovan*

Fecha de Recepción: 12 de marzo de 2015.

Fecha de Aceptación: 01 de abril de 2015.

Palabras clave: Democracia, Edad Global, Humanismo.

Keywords: *Democracy, Global Age, Humanism.*

* Licenciada en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Maestrando en Derechos Humanos en la Universidad Nacional de Lanús (UNLA). Se desempeña como docente y participa en diversos espacios académicos y Organizaciones de la Sociedad Civil. Sus principales áreas de interés son: la Teoría Política Contemporánea, Gobierno Abierto y Políticas Públicas de Acceso a la Información Pública a personas migrantes. Correo electrónico: daiana.yovan@gmail.com

Tras la caída del Muro de Berlín y el triunfo de la democracia frente al comunismo, se abre en la contemporaneidad la urgencia que el pensamiento político indague a la democracia desde sus contradicciones, temporalidades, desplazamientos, multiplicidades. Por medio de esta obra, *El malestar de la democracia*, el filósofo italiano Carlo Galli busca ser partícipe de las discusiones en torno a las interpretaciones de lo que es y representa hoy la democracia. Este libro, a pesar de no ser extenso en su cantidad de páginas, es sumamente rico en su contenido. Cada oración, cada párrafo, nos regala e invita a pensar y repensar la democracia desde múltiples dimensiones. En este caso el hilo conductor que retomamos es la recuperación del humanismo democrático que ejercita el autor.

En el *Capítulo I*, el autor nos presenta la hipótesis que da nombre a su libro, es decir, que existe un malestar de la democracia. A partir de esto, se cuestiona: ¿En qué consiste y qué podemos esperar de este malestar? Galli apunta a que, para responder a esto, es ineludible, primero, seguir un método genealógico y crítico que permita generar un saber que redescubra y reconstruya las coyunturas históricas conceptuales de la democracia y sus instituciones, para ir, en segundo lugar, demostrando la intrínseca complejidad de la democracia. De este modo, se plantea la hipótesis, la pregunta y el método que guiarán el ensayo.

Desde un primer momento, ya en el primer apartado, explicita que este malestar de la democracia es un malestar de ella misma consigo misma, de sus instituciones políticas y su realidad social. El malestar reside en que la democracia no parece ser el modo adecuado para dar forma a la política en el mundo actual y, subjetivamente, se siente que esto es cierto. Señala el filósofo, que es un malestar distinto al que planteaba Sigmund Freud, que se parece más a lo que Charles Taylor llamaba *malaise*. Esto significa que surge de la interacción entre

el desencanto técnico, el individualismo y la pérdida de libertad.

En el *Capítulo II*, el trazado genealógico va a tener como punto de partida la Antigua Grecia. Aquí Galli identifica el surgimiento del ideal de democracia, considerando lo que se plantea en el libro *II 35-46 de la Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides, el célebre *Epitaphios o Discurso Fúnebre de Pericles*. Pericles va a definir a la democracia como el autogobierno de la mayoría, siendo el *kratos* un poder y gobierno legítimo cuyo horizonte es el justo medio. En la *polis*, gobierna una voluntad parcial y concreta. Sus miembros están particionados, pueblo – muchos, nobles – aristocracia. En el gobierno, cuando está ocupado por una de las partes, se produce una imposición y no una representación universal. La democracia griega va a presentar un humanismo activo. Aquí es donde se piensa por primera vez la idea que un grupo de hombres encuentran en sí mismos las fuerzas para gobernarse sin referir a ninguna autoridad superior. La democracia griega favorece la distinción armoniosa, equilibrada entre lo público y lo privado: La mayoría logra cultivar su vida privada –trabajar– y gobernar en la *polis*.

En el *Capítulo III*, Galli destaca que dos son los hechos claves que abren la modernidad: por un lado, el avance del capitalismo y, por el otro, el surgimiento del Estado. Ambos procesos contribuyen a que la democracia moderna diste enormemente de la democracia griega. Con referencia al Estado, una de las formas centrales en este proceso es el gobierno. Los individuos modernos creen ser gobernados siempre por sí mismos en una universalidad igualitaria; Unidos en una voluntad general y universal que procede de todos, en tanto pueblo, y que es válida *erga omnes*, a saber, la soberanía. La voluntad del pueblo, la soberanía, está encarnada en las leyes estatales y universales, y es representada por los legisladores que asumen el rol de representantes universales, mediante mandato libre, impensado en la

antigüedad griega. El Estado, para el autor, no es más que un artificio que no genera una finalidad política más allá del mantenimiento de la vida física, como garante de la unidad y de la paz. Sin fomentar las cualidades humanas.

En los *capítulos IV y V*, el italiano va a referirse, principalmente, a la relación puntual que existe entre capitalismo y democracia. En la modernidad, la democracia se expresa como la necesidad de apaciguar las diferencias sociales que produce el desarrollo capitalista. Contextualmente, la inclusión homogénea y universal, tal como se establece en los tópicos formales, se enfrenta a las subjetividades que surgen en la repartición de la propiedad y de la producción. La nueva democracia moderna se va a enfrentar con un proceso abismalmente distinto a la antigüedad griega, este es la escisión entre trabajo y política, entre lo público y lo privado. Se rompe la armonía y el equilibrio entre estas dos esferas. El individuo moderno, escindido, aislado, alienado, se retira a su interioridad para garantizar la reproducción de su propio ciclo vital. Mientras que del Estado sólo reclama la libertad y las garantías de la posesión de las cosas y de su propio cuerpo, es decir el derecho a la vida o bien como el autor la denomina *nuda vida*.

Así se demuestra que la democracia moderna nunca es plena. Siempre se encuentra atravesada por contradicciones consigo misma. Una de las condiciones que surgen para remediar esta tensión es la creación de Derechos. Éstos, si bien nacen en un marco capitalista, son fruto de luchas concretas y conquistas que arriban a un horizonte de emancipación efectiva. Surgen para reducir la distancia entre la universalidad de la ley y las singularidades concretas, el alejamiento entre ese individuo - ciudadano, y trabajador - poseedor. En este tipo de luchas por la ampliación de los Derechos, Galli señala que observa un movimiento que permite dar cuenta de que la democracia quiere ser preservada y es querida en la práctica.

Avanzando en su labor crítico-genealógica, en el *Capítulo VI*, el italiano destaca dos momentos históricos: La Modernidad Tardía y la actual Edad Global. En la Modernidad Tardía, la democracia se expresa con sumo esplendor en el Estado Social Demócrata de Bienestar, coincidiendo, parcialmente con sus fundamentos y promesas. Este hecho coyunturalmente se da para que la democracia pueda hacer frente a su posible aniquilación por el fantasma comunista. Durante este período, se articulan factores que dieron cauce a esta forma de Democracia: una Economía de mercado regulada por el Estado, que se presenta como administrador y avanza por toda la sociedad; se consolida una democracia de partidos con clara definición ideológica y, además, una aspiración a la universalidad de la ciudadanía.

Tras la caída del Muro de Berlín, el capitalismo se propaga por el mundo luego de la aniquilación del comunismo como única alternativa. Esto hace que el capital, ahora, ya no haga esfuerzos por poner en marcha la lógica constitutiva de la democracia moderna, la cual consiste en la armonía establecida entre Estado, mercado, nación y partido. Estos elementos interconectados se escinden poniendo en crisis el funcionamiento de la misma. Aquí, el autor localiza el avance del proceso de *globalización* y el comienzo de lo que denomina Edad *Global*. Durante este período se comienza a erosionar la soberanía estatal, frente a una movilidad global y una escena dominada por un capital transformado y sustancialmente fuera de control. Esto, da lugar al desarrollo de una democracia de libre comercio y orientada al mercado. Surgen poderes informales de decisión estatales focalizados en élites económicas, por fuera de toda forma republicana.

Para el autor, el triunfo del capital fomenta el desarrollo de un tipo de humanidad aleatoria. Esto significa que ya ni siquiera se piensa en la posibilidad de gestionar la existencia colectiva de un modo racional y no como una

“naturaleza” indomable e inexorable. Si bien la democracia, en todos sus momentos, estuvo atravesada por distintos marcos y dificultades, y mayormente ha tenido la energía para superarse, ahora parece estar presente ante su decadencia. Si antes se daba la crisis en la democracia, la diferencia es que actualmente estamos ante la crisis de la democracia misma.

Al finalizar este apartado, y tal como dice Galli, cumplido el *periplo*, el autor nos ofrece una definición de democracia. Esta no pretende ser esencialista sino crítica-genealógica-finalista. La democracia moderna, difícil, frágil, y contradictoria, no es inmediatamente el poder del pueblo o gobierno del pueblo, sino que, representa un acompañamiento consciente y crítico de dinámicas inclusivas del Estado y del capitalismo. Constituye el horizonte civil dentro del cual se pueden dar las luchas que hacen posible su realización, entonces la historia de la democracia es su historia misma. La democracia moderna, no hace de la política una realidad humanista sino que crea condiciones para alcanzar la plena expresión de las subjetividades humanas. Aquí, podemos observar la complejidad de la democracia en la que hace énfasis Galli. Desde su multiplicidad, la democracia tiene una sólida capacidad y energía, pero también el riesgo de la inercia. Si la democracia es el horizonte de la modernidad, una vez superada la modernidad, esta puede hundirse o transformarse en algo distinto.

A esta altura ya tenemos desarrollada la hipótesis del malestar de la democracia y el diagnóstico que en la Edad Global, esta se encuentra en decadencia. Todo esto enmarcado en una definición de democracia que el mismo autor nos presenta. Entonces, en el *último Capítulo*, Galli señala que es el momento de responder: ¿Cómo se sale del malestar? Existen dos horizontes: El primero, acompañar dicha decadencia, convertirla en simulacro institucional o decretar su final. El segundo horizonte, representa la perspectiva optimista a la que Galli quiere arribar. Esta interpretación nos

dice que el malestar es la necesidad de libertad, de recuperar la democracia. Este malestar tiene la intuición de que ella tiene que ver con la humanidad. Y que no se puede renunciar a volver a utilizar el patrimonio humanístico, que si bien se encuentra en ruinas, es de todos los hombres y las mujeres. Uno de los objetivos, desde el humanismo, es que el hombre vuelva a apropiarse de su propia obra y del control de su vida en libertad de las partes. En este humanismo activo, no se aspira a vivir una vida ni aleatoria, como en la Edad Global, ni manipulada o dominada por los otros, por el capitalismo, sino que aspira a vivir una vida bajo el lema: *igual dignidad de las diferencias*. Hay que tener conciencia activa de que la democracia está inacabada, porque significa el esfuerzo continuo de abrir y desarrollar el espacio público donde se recree el respeto de los derechos, el desarrollo de las personas y el florecimiento de sus capacidades, desde una perspectiva igualitaria.

El fundamento de esta imagen necesita de un acuerdo no soberano y emancipatorio, que conste del rechazo a la violencia y a la dominación. Entendiendo que el grado cero de la democracia es la no opresión, es y debería ser la tensión que conduce a la plena expansión de las potencialidades individuales y colectivas, siendo un régimen de cualidades humanas y no sólo un régimen de masas, que apunte a la promoción de la buena vida y no sólo a su conservación. El malestar, para el autor, es el custodio de ella y busca una aproximación a su ideal, orientándola a una felicidad pública no ilusoria. Junto a esto, Carlo Galli enuncia que la democracia aún tiene la posibilidad de concordar con la política como libre organización de la esperanza. De este modo, nos ofrece una reflexión y una afirmación sumamente alentadora, que invita, tanto a seguir profundizando e indagando en el saber crítico-genealógico que él abre, como a tomar en cuenta sus propuestas para llevar adelante una práctica democrática que supere su decadencia.